La plaza llegó á estar completamente bloqueada. Los puentes estaban destruidos, y los caminos vigilados por las guerrillas juaristas. El cerco puesto por los republicanos, no solo impedia eficazmente la entrada de víveres, sino que varios correos que se habian enviado á Marquez, con el aliciente de una cuantiosa recompensa pecuniaria, si lograban regresar con la respuesta de aquel general, fueron aprehendidos. Uno de ellos amaneció un dia colgado á la vista de las avanzadas del campamento imperial, con una tablita en el pecho, y en ella una inscripcion que decía: *Quinto correo de Marquez.*

La responsabilidad de lo sucedido en Querétaro, toca en gran parte á los generales imperialistas Miramon y Marquez, cuya rivalidad impidió que las fuerzas sitiadas obráran con la necesaria unidad para defender la plaza. Parece que desde un principio ó desconfiaron de sus fuerzas, ó no quisieron, por mezquina envidia, permitir que el elemento estranjero prestase todo el importante auxilio que podia. Si ellos hubiesen atacado parcialmente á Escobedo y Corona desde los primeros dias, cuando estos entraban en el valle de Querétaro, en vez de permanecer estúpidamente detrás de sus trincheras, permitiendo que el enemigo flanquease y estrechase la ciudad, el sitio de esta no hubiera llegado á formalizarse; ó más bien si lo hubiesen hecho el dia 15 de Marzo, en la mañana siguiente al dia en que los liberales fueron completamente rechazados en su tentativa de apoderarse por asalto de la ciudad, el resultado hubiera sido tal vez desastroso para la causa de Juarez.

Durante el sitio de Querétaro, Maximiliano fué el alma y la vida de la defensa. Siempre alegre y con esperanza, valiente hasta la temeridad, y sufrido en las más difíciles circunstancias, supo hacerse admirar hasta de sus mismos enemigos. Pocos generales han expuesto tanto su vida, ni ninguno tenia más pobre alimento, ni peor habitacion. Era raro ver en su mesa platos más delicados que carne de caballo y de arroz, en tanto que su Estado mayor tenia pollos, pavos y vino. Un oficial que entró una mañana en el cuarto del Emperador lo encontró sentado almorzando tranquilamente, pero sin plato, ni tenedor ni cuchillo.

Con frecuencia se levantaba á media noche y rondaba solo. Por dos veces sus generales le suplicaron que con toda la caballería se abriera camino hasta Méjico; pero Maximiliano se negó diciendo, que combatiria con ellos hasta el fin. Maximiliano no tenia más que 50 duros diarios para sus gastos, con los cuales debia pagar hasta á los ordenanzas que cuidaban sus dos caballos, y rara vez encontraba en la calle un soldado ó un mendigo sin darle un duro. Siempre fué compasivo con los prisioneros republicanos. En cierta ocasion, el príncipe de Salm-Salm intentó una salida para apoderarse del general juarista Martinez, que se hallaba en un hospital de sangre fuera de Querétaro, para que sirviera de rehenes: el Emperador ordenó terminantemente que si se conseguia llegar hasta él, no se le tocase, si su estado habia de producirle la menor agravacion de dolor físico al ser trasladado á la plaza.

IV.

Ya hemos dicho que el general Marquez consiguió atravesar las líneas enemigas al salir de Querétaro, y abrirse camino hasta la capital, donde llegó el 23 de Marzo. Al siguiente dia de su llegada hizo publicar en el *Diario del Imperio* el decreto en que se le nombraba lugarteniente general del Emperador con plenos poderes, destituyó al ministerio Lares, nombró al general Vidaurri ministro de Hacienda, á Iribarren del Interior, y conservó á Murphy en el departamento de Negocios estranjeros. Carecian los imperialistas de dinero para proseguir aquella guerra insensata, y era preciso tenerlo sin reparar en los medios de adquirirlo. El general Marquez decretó un empréstito forzoso de 800.000 pesos, obligatorio tambien para los estranjeros, y en ménos de treinta y seis horas, gracias á las amenazas de que se valió, consiguió reunir la mitad de dicha suma.

Algunos dias despues (30 de Marzo), Marquez salió de Méjico, con objeto de libertar á Puebla, sitiada por Porfirio Diaz, al frente de 5.000 hombres, reclutados en su mayor

parte á la fuerza, contándose entre ellos 300 húsares austriacos, 300 soldados de infantería austriaca, 200 gendarmes europeos y 18 piezas de artillería; pero antes de llegar á Puebla, supo que esta ciudad habia caido el 2 de Abril en poder de los republicanos.

Supieron los sitiadores de Puebla que Marquez avanzaba desde Méjico al frente de 5.000 hombres, y al recibir la noticia Porfirio Diaz vaciló sobre el partido que debia tomar; si levantar el sitio ó salir á su encuentro; esperarlo, ó dar desde luego el asalto á la ciudad. Decidióse por esto último, lo que hubiera sido una imprudente temeridad, á no haber contado con la bizarría de sus tropas, que se arrojaron como leones sobre las fortificaciones enemigas, despreciando el mortífero fuego y las granadas de mano que llovian sobre los sitiadores.

Tomadas las baterías y defensas del enemigo, todavía se hizo éste fuerte en las casas, que solo abandonó al comprender que se le habia cortado la retirada. El 4 de Abril acabaron los republicanos de apoderarse de todo el recinto, por haberse entregado las últimas fuerzas que se habian guarecido en las alturas que circundan la ciudad. El fin fué sangriento y porfiado, pues los imperialistas perdieron 1.000 hombres, y 2.000 los republicanos. La guarnicion de Puebla ascendia á 4.000 hombres, y el número de los sitiadores á 10.000. Despues de la lucha fusilaron los republicanos á 29 entre jefes y oficiales de varias graduaciones, siendo los más caracterizados Noriega, Quijano, Trijueque, Carrillo, Tapia, un hijo del Sr. Herrera, presidente que fué de la República mejicana, y los licenciados D. Rafael Inzarza y don Manuel Romo.

La sangre que corrió en la toma de Puebla, fué un ejemplar penoso, pero necesario, puesto que evitó que se derramase alguna más al rendirse la fuerza que ocupaba el Cerro de Guadalupe. De la victoria de aquel dia estaba pendiente acaso el advenimiento próximo de la República, ó su retardo. La sangre que se derramó en la marcha misma del combate, fué precaucion de muchos males. Una ley terrible pesaba sobre los prisioneros, y cerca de diez horas dejó el general Diaz suspensa sobre su cabeza esta espada moral, con el objeto de que el recuerdo de aquel dia fuera indeleble en la conciencia de los hombres que, en el gran conflicto de su pátria, habian cambiado el giro de sus armas.

Reunidos por la tarde los prisioneros les dijo: «Una ley condena á Vds. á la pena capital; pero el Supremo gobierno sabrá ser generoso. Mis súplicas y lo que pueda valer se pondrán del lado de Vds. Entre tanto quedan en libertad, á condicion de comparecer cuando el gobierno tenga á bien llamarlos para que respondan de su conducta.» Todos aceptaron con gusto este compromiso.

Dueño ya el general Diaz de ir en busca de Marquez, se puso inmediatamente en marcha, siéndole muy útil la caballería, que molestaba al enemigo en todos sus movimientos, obligándole á abandonar el camino que seguia y retirarse hacia Humantla. Siguiéronle en esta direccion los republicanos, presentándole la batalla que no aceptó, y Marquez precipitaba su retirada sobre la capital, cuando gracias al oportuno envio por el general Escobedo de una division de caballería á las órdenes del general Guadarrama, pudieron aquellos interponerse entre Marquez y la capital, obligándole á buscar refugio en la hacienda de San Lorenzo, donde fué derrotado en el dia mismo (10 de Abril) en que se cumplia el cuarto aniversario de la aceptacion del Imperio por Maximiliano. Resolvió en seguida el general Diaz atacar á Méjico, y estaba á punto de establecer su cuartel general en Tacubaya, cuando se vió obligado á cambiar de plan por haber llamado á sí el general Escobedo á la division de Guadarrama.

Marquez perdió en la refriega su tesoro, sus cañones, vió dispersarse toda su gente, y á los ocho dias de su salida volvió á Méjico acompañado sólo de 25 caballos. No temiendo ya Porfirio Diaz que se le inquietára por la parte de Méjico, envió 3.000 hombres para reforzar las fuerzas que sitiaban á Veracruz, y emprendió su movimiento hácia la capital, apoderándose enseguida del palacio de Chapultepec, residencia que fué del Emperador Maximiliano, y de la posicion de Guadalupe, inmediata á la capital.

Reinaba gran desaliento dentro de la ciudad; no se recibian noticias ciertas de lo que pasaba en Querétaro, que aun no se habia rendido, pero que se presumía no tardaría en rendirse. Eran muchos los que presentían cuál sería el desenlace de la guerra, y pocos los que esperaban una reaccion en los sucesos. Empezaron pues las negociaciones para salvar lo poco que podia salvarse de la causa imperial, y empezaron tambien las traiciones, que nunca abundan tanto como al aproximarse la derrota de un partido, de una institucion, de un principio político.

Recien llegado á las inmediaciones de la capital, se presentó al general Diaz el padre Fischer, confesor de Maximiliano, y portador de proposiciones que aquel rechazó. Dentro de la capital habia discordancia de pareceres sobre la resolucion que debia adoptarse; unos opinaban que debia evitarse á la capital los horrores de un sitio, al paso que otros se empeñaban en prolongar la resistencia hasta el último estremo. Algunos solo pensaron en salvar sus vidas, y proporcionarse salvo-conductos para marchar al estranjero. Portilla, que se titulaba ministro de la Guerra, ofreció á Porfirio Diaz entregarle la ciudad, si le aseguraba la vida; y el general O'Haran le hizo al mismo tiempo igual propuesta, ofreciéndole además entregarle á Marquez, con tal que se le proporcionára pasaporte para el estranjero. A todas estas indicaciones, permaneció inflexible el general republicano, que continuaba los preparativos del sitio, logrando colocar sus baterías á 200 metros de las fortificaciones del enemigo, en la seguridad de apoderarse muy en breve de la capital por capitulacion ó por asalto.

Las fuerzas sitiadoras llegaban á cerca de 12.000 hombres, á los cuales se fueron reuniendo sucesivamente 8.000 guerrilleros. La guarnicion de Méjico no pasaba quizá de 8.000 hombres, comprendiendo en este número 3 ó 4.000 reclutas, unos 400 austriacos y 200 gendarmes. Marquez, que aun no daba por perdida la causa imperial, se empeñó en resistir hasta el último trance. El cuerpo diplomático intervino, y el lugar-teniente del Emperador contestó del modo más terminante, que el gobierno no entraria en ningun género de negociaciones con los sitiadores, y que defenderia á toda costa la capital.

Seguian entre tanto en Méjico los empréstitos forzosos y exaccion de contribuciones para continuar la guerra, y como estas medidas vejaban igualmente á los indígenas y á los estranjeros, el cuerpo diplomático amenazó con romper sus relaciones. El general Marquez fué dando evasivas, hasta que los ministros residentes hicieron entregar el 29 de Abril una nota colectiva, protestando enérgicamente contra las últimas exacciones. Esta protesta llevaba las firmas del ministro de España y de Francia, del ministro residente de Prusia, y de los encargados de Negocios de Inglaterra, Italia, Austria y Bélgica. El ministro franeés llegó á pedir que el cuerpo diplomático abandonase la capital; pero retiró esta proposicion á instancias de los encargados de Inglaterra y Austria. Finalmente, el cuerpo diplomático tomó la resolucion de pedir sus pasaportes, y partir en el caso de que se atentase á la seguridad de los estranjeros, maltratándoles, encarcelándoles ó precisándoles á trabajar en las trincheras.

V.

Como era natural, las gestiones para conjurar la catástrofe que se temia, partieron del gobierno imperial de Viena, desde algunos meses antes de la captura del archiduque. Ya en el momento de retirarse las tropas francesas, el Emperador de Austria, partiendo de la idea de que el Emperador Maximiliano abandonaria á Méjico al mismo tiempo que el general Bazaine, juzgó oportuno examinar la cuestion de si se haría más fácil el regreso del Emperador Maximiliano, reintegrándole en todos los derechos á que habia renunciado antes de partir para Méjico.

Cuando se recibió en Viena la noticia de la captura, se puso todo en juego para provocar una intervencion diplomática de toda Europa en su favor. Ya anteriormente el embajador de Austria en Washington habia recibido encargo de dirijirse al gobierno de los Estados-Unidos, y de apelar á su intervencion y á su accion diplomática, para el caso en que amenazára algun peligro al Em-